

Y

2133  
Ej.1  
1892

**CARMEN**

DRAMA LIRICO EN CUATRO

ACTOS

1892

33

EJ.1

392

UNIDAD DE INFORMACION "LUIS OSPINA VASQUEZ"  
F A E S  
CACION ANTIOQUEÑA PARA LOS ESTUDIOS  
**CARMEN**

DRAMA LIRICO EN CUATRO ACTOS

LETRA DE

H. MEILHAC Y L. HALEVY

MÚSICA DE

JORGE BIZET



MEDELLÍN

IMPRESA DE "EL ESPECTADOR"

1892

JORGE RESTREPO URIBE  
BIBLIOTECA

## PERSONAJES

Carmen.....	SRA. ANA ORDANES
Micaela.....	SEÑ. ALICIA FANTANI.
Frasquita.....	— SERRIGNOLI.
Mercedes.....	— ESCOLESI.
D. José.....	SE. ARNALDO RAVAGLI.
Esnamillo.....	— AQUILES ALBERTI.
El Ducaire.....	— MAGNI.
El Remendado.....	— BENINCORI.
Zúñiga, Capitán.....	— BÉRGAMI.
Morales, brigadier.....	— BÉRGAMI.
Billas Pastia.....	— N. N.
En gita.....	— N. N.
Oficiales, dragones, gitanos, cigarreras, contrabandistas & c.	

SALA DE PATENTES  
DOCUMENTAL

Centro Cultural Biblioteca  
Luis Echegaray Villegas

F A F

*La escena pasa en España, hacia 1820.*

**BIBLIOTECA**  
**Universidad EAFIT**



100063910

2133  
1892  
Ej. 1

# ACTO PRIMERO

23 ABR. 1979

Una plaza en Sevilla.—A la derecha, la puerta de la fábrica de cigarros.—En el fondo, frente á los espectadores, un puente practicable que atraviesa la escena de uno á otro extremo.—De la escena se va al puente por medio de una escalera de caracol á la derecha, situada al lado de allá de la puerta de la fábrica.—El ojo del puente es practicable.—A la izquierda y hacia adelante, cuerpo de guardia.—Delante del cuerpo de guardia, pasadizo cubierto, al cual se llega subiendo tres gradas.—En un astillero cercano á la puerta del cuerpo de guardia, las lanzas de los dragones, con banderolas de amarillo y rojo.

## ESCENA PRIMERA

MORALES, MICAELA, SOLDADOS Y VIANDANTES.

[Al alzarse el telón, una quincena de soldados [dragones de Almanza], agrupados frente al cuerpo de guardia, fuman y miran la gente que va y viene por la plaza, en todo sentido; la escena debe estar animadísima.]

## CORO

Qué animada está la plaza!  
Unos vienen y otros van.  
Es curioso el espectáculo,  
Muy curioso, á la verdad.  
El que quiere detenerse,  
A la puerta del cuartel,  
Fuma, charla ó bien observa  
De los otros el vaivén.

Qué animada está la plaza! &c.<sup>a</sup>

[Poco antes del fin del coro, aparece Micaela; trae basquiña azul, y las trenzas le caen sobre la espalda.—Al ver á los soldados, se muestra incierta entre avanzar y retroceder.]

*Morales (á los soldados).* Mirad aquella rubia que según parece quiere hablarnos; no se atreve, mas nos mira y se acerca.

Rebeca  
Flia. Josef

*Coro.* Debemos animarla.

*Morales (á Micaela).* A quién buscas, hermosa?

*Micaela.* Busco á un sargento brigada.

*Morales.* De veras? Pues aquí me tienes.

*Micaela.* No sois vos; el mío se llama don José. ¿No le conocéis?

*Morales.* Don José? Todos nosotros le conocemos?

*Micaela.* De veras? Conque podría yo encontrarle entre vosotros?

*Morales.* Es en efecto sargento, pero en otra compañía.

*Micaela (con pesar).* Entonces, no está aquí?

*Morales.* No, rubia mía; no, querida... no está entre nosotros; pero quédate aquí sin temor; él no puede tardar en venir.

*Morales y el coro.* No puede tardar; ya llega la hora de su vuelta, pues la nueva escolta vendrá pronto á relevarnos.

*Morales.* Mas entre tanto que él viene, acaso no te moleste que en el cuartel se te entretenga. Sírvete entrar, hermosa niña.

*Micaela.* De veras?

*Morales.* De veras!

*Micaela.* No, no; no, no.

*Morales.* No temas entrar; te prometo por mi honor que serás bien acogida por todos, y más aún.

*Micaela.* Lo creo; sin embargo, me conviene más volver después. Ya volveré, pues que según decís está cercana su llegada. Vendré cuando la guardia entrante reemplace á la saliente.

*Coro (rodeando á Micaela).* Debes quedarte.

*Micaela.* No, no; no, no. Me voy al punto. Adiós, adiós. (*Se va corriendo.*)

*Morales.* Volóse el pajarillo, no os aflijáis. Qué

hemos de hacer? Será lo mejor que tornemos á ver quién viene y quién va.

*Repítese el coro: Qué animada está la plaza! &.<sup>a</sup>*

[El ir y venir de la gente, que ha debido cesar durante la escena con Micaela, recobra su primitiva animación.]

## ESCENA SEGUNDA

[Oyese á lo lejos una marcha militar de trompetas y pífanos, que anuncia la llegada de la guardia de relevo.—Un oficial sale del puesto.—Los soldados van á tomar sus lanzas y se forman delante del cuerpo de guardia.—Los curiosos se agrupan á la derecha, para ver. La marcha suena cada vez más cerca.—La guardia de relevo aparece por la izquierda y cruza el puente: vienen delante dos trompetas y dos pífanos; después, una banda de pilluelos que imitan el paso de los dragones; detrás de los chiquillos, el oficial Zúñiga y el sargento José, y luégo los dragones, armados de lanza.]

EL OFICIAL, DON JOSE Y LOS PILLUELOS

*Coro de pilluelos.*

Ya sabemos á la guardia  
De relevo acompañar!  
Trompa, trompa, suena pronto,  
Ta tará, tará, ta tá.  
Somos tipo de dragones;  
Nuestro paso es militar,  
Bien marcado, bien medido:  
Uno, dos... muy bien está!  
Con el pecho levantado,  
Con la espalda echada atrás,  
Un pie baja y otro sube,  
Sin perdernos, sin errar.  
Ya sabemos á la guardia &.<sup>a</sup>

[La guardia que entra va á colocarse á la derecha, de frente á la que sale.—Los oficiales se saludan con la espada, y se ponen á conversar en voz baja.—Cambio de centinelas.]

*Morales (á don José).* Una graciosa muchacha vino há poco á preguntarnos si estabas aquí. Trae basquiña azul, y las trenzas le caen por la espalda.

*José.* Micaela! . . . sí, ella es sin duda!

[Suenan trompetas.—La guardia que sale se coloca delante de la que entra.—Los pilluelos, en formación, ocupan nuevamente, tras de las trompetas y los pífanos, el puesto que tenían cuando aparecieron en escena.]

*Repetición del coro*

Ya la guardia relevada  
Deja el puesto y va á marchar;  
Ya repiten las trompetas  
Ta, tará, tará, ta tá.  
Somos tipo de dragones;  
Nuestro paso es militar,  
Bien marcado, bien medido:  
Uno, dos . . . muy bien está!  
Con el pecho levantado,  
Con la espalda echada atrás,  
Un pie baja y otro sube,  
Sin perdernos, sin errar.

[Soldados, pilluelos y espectadores se alejan por el fondo; las voces del coro y el ruido de los pífanos y trompetas se van perdiendo gradualmente.—El oficial de la nueva guardia, que en silencio ha estado pasando revista á sus soldados, cuando el coro de pilluelos no se oye ya, manda: *Presenten lanzas! . . . Arriba lanzas! . . . Rompan filas!*—Los dragones van á colocar sus lanzas en el astillero, y luégo entran al cuerpo de guardia—Don José y el oficial se quedan solos.]

ESCENA TERCERA

EL OFICIAL Y DON JOSE

*El oficial.* ¿Es allí, en aquel gran edificio, donde trabajan las cigarreras?

*José.* Sí, mi capitán, y puedo aseguraros que no hay chicas más alegres y avispadas que ellas.

*El oficial.* Y puedes decirme también si son hermosas?

*José.* No lo sé, en verdad; poco me cuido de tales bagatelas.

*El oficial.* Yo te diré, amigo, lo que tú buscas: una chica rubia, llamada Micaela, de trenzas de oro y de basquiña azul. ¿Estoy ó nó en lo cierto?

*José.* Os confieso que es así, no niego que la amo.—Si queréis juzgar por vos mismo de esas beldades, ahora podréis fijaros en ellas. (*Oyese la campana de la fábrica.*)

#### ESCENA CUARTA

DON JOSE, SOLDADOS, PISAVERDES Y CIGARRERAS.

[La plaza se llena de pisaverdes que vienen á esperar el paso de las cigarreras.—Los soldados salen del cuerpo de guardia.—José, sentado, indiferente á cuanto pasa, se ocupa en fabricar una cadenilla.]

#### C O R O

Sonó ya la campana,  
Ya vienen las obreras;  
En acecho pongámonos,  
Que á desfilas empiezan.  
La pista os seguiremos,  
Morenas cigarreras,  
Por ver si entre vosotras  
Hallamos quién nos quiera!

[En este momento llegan las cigarreras, todas con el cigarrillo en la boca; pasan bajo el puente y salen despacio á la escena.]

#### *Soldados*

Vedlas! vedlas! qué coquetas!  
Qué atrevido su ademán!  
¡Y jamás el cigarrillo  
En su boca ha de faltar!

*Cigarreras*

Ay! qué grato es ver el humo  
Que á los aires se levanta  
Y hacia el cielo vuela en nubes  
Perfumadas!

Ay! qué grato es ver alzarse  
Las azules bocanadas

De humo leve,  
De humo leve,  
De humo leve,

Y sentirlas, dulces, blandas,  
Penetrar á la cabeza

Y poner en fiesta el alma!

Ay! qué grato es ver el humo  
Que á los aires se levanta!

Humo vano son tansolo

Del amor las dulces pláticas,  
Y el jurar de los amantes,

Humo..... nada!

Ah! qué grato es ver el humo  
Que á los aires se levanta!

ESCENA QUINTA

CARMEN y los precedentes

*Soldados.*

Cómo! ¿ hoy no viene la Carmencita?  
Quedóse allá?

*Cigarreras y pisaverdes.*

La Carmencita viene, señores;  
Vedla! aquí está!

[Carmen aparece con el vestido y en la actitud indicados en la novela de Merimée.—Trae en la boca una flor de acacia, y al pecho un ramo de las mismas flores.—Algunos de los jóvenes la rodean y le hablan.—Ella se muestra coqueta con todos.—José alza los ojos, la mira y vuelve tranquilamente á su tarea.]

*Los pisaverdes.*

A ti sola, Carmen, todos esperábamos;  
Todos te queremos solamente á ti.  
Carmen hechicera, muéstrate propicia  
Y dí si nos amas, y cuándo por fin!

*Carmen.* Que cuándo os amaré? Lo ignoro, en verdad. Acaso nunca, tal vez mañana; pero lo que es hoy, sí sé de cierto que nó. (*Después de mirarlos á todos.*)

Es el amor misterioso pajarillo que nadie ha logrado domesticar. Muéstrase siempre rebelde cuando no le place ceder, y con él son vanos súplicas y rigores. Fulanito habla bien, y sin embargo le doy el corazón á Zutanita, que sin hablar me enamoró.

Amor, sépalo mi gentil amante, no ha sufrido leyes jamás. Si tú no me amas, yo te amo, y si te amo debes temblar por ti.

Es el amor misterioso pajarillo! Cuando crees tenerlo ya en la mano, despliega las alas y se aleja rápidamente. Miras, miras, y esperas en vano: nadie puede decirte si tornará. Volando con presteza en torno tuyo, viene, va y vuelve otra vez; asirlo crees, y no hay tal. ¿No te cuidas de él? Entonces viene. Tal es el amor.

Amor, sépalo mi gentil amante, no ha sufrido leyes jamás. Si tú no me amas, yo te amo, y si te amo debes temblar por ti.

*Los pisaverdes.*

A ti sola, Carmen, todos esperábamos;  
Todos te queremos solamente á ti.  
Carmen hechicera, muéstrate propicia  
Y dí si nos amas y cuándo por fin!

[Momento de silencio.—Los jóvenes rodean á Carmen; ella los mira uno á uno, luégo sale del círculo y, yéndose

en derechura á José, que está aún trabajando, se quita el ramo de acacias y se lo arroja.—José se levanta bruscamente.—Estallido general de risa.—La campana suena por segunda vez.—Las cigarreras y los pi-saverdes salen mientras se repite el aria de Carmen.—Esta corre á la fábrica.—Don José se queda solo.]

### ESCENA SEXTA

JOSE

*José.* Qué mirada y qué aire tan atrevidos! Derecho al corazón me vinieron sus flores, y me han herido como una bala.

*(Después de recoger las flores y olerlas.)*

El aroma es sutil, y hermosas son las flores! En cuanto á la mujer, si es que hay todavía hechiceras, me parece que en ella he visto una.

### ESCENA SEPTIMA

JOSE Y MICAELA

*Micaela.* José!

*José.* Micaela!

*Micaela.* Aquí me tienes.

*José.* Qué contento!

*Micaela.* Vengo de parte de tu madre.

*José.* Ah! háblame de ella, de la madre ausente

*Micaela.* Como fiel mensajera, debo darte una carta suya.

*José.* Una carta suya!

*Micaela.* Y algún dinero también, porque un poco de oro no estorba nunca! Y después.....

*José.* Y después?

*Micaela.* Y después....mira, no sé cómo decirlo; pero sí hay después otra cosa; y ¡qué cosa! vale más que el oro, y para un buen hijo ha de tener mayor precio que para nadie!

*José.* Pero ¡qué cosa es ésa? qué más hay? Habla por fin.

*Micaela.* Sí hablaré; lo que para ti me fue dado se te dará. Tu madre venía conmigo de la capilla, y después de besarme con ternura, me habló así: Vé á la ciudad, hija mía; vé, que el camino no es largo; cuando llegues á Sevilla, buscas á José, el hijo de mi corazón, y le dices que su madre piensa en él noche y día, y ora por él, y le espera y le perdona y le ama siempre. Todo esto le dirás, querida mia, en nombre de su madre á mi José, y luégo un beso le darás también por mí.

*José.* Un beso de mi madre ?

*Micaela.* Un beso para su hijo ! Tómallo, José; cumplo lo que prometí.

(*Micaela se pone sobre las puntas de los pies y da á José un beso, un verdadero beso maternal.—El sargento, conmovido, la deja obrar y la mira fijamente al rostro.—Momento de silencio.*)

*José.* (*mirando á Micaela.*) Yo veo á mi madre todavía ! Sí, y vuelvo á ver también nuestra aldea . . . . Oh ! dulce recuerdo, yo te bendigo ! Tú me llenas el corazón de valor y de fuerza ; oh dulce recuerdo !

*A dúo*

*José.* Yo veo á mi madre todavía ! &<sup>a</sup>

*Micaela.* El ve á su madre todavía ! &<sup>a</sup>

(*José mira hacia la fábrica de cigarros.*)

*José.* Sabe Dios qué demonio iba á adueñarse de mí ! Mi madre, aunque ausente, me ha salvado; fuerza es que yo vea en su beso un ángel tutelar que ha venido á guiar mis pasos.

*Micaela.* Qué dices ? de qué demonio hablas ? No puedo comprenderte; explícame tu pensamiento.

*José.* No, no; hablemos de ti, querida mensajera ! Díme, ¿ no debes regresar allá abajo ?

*Micaela.* Sí, esta tarde; y mañana estaremos tu madre y yo juntas allá.

*José.* Pues bien: le dirás que su José la ama y la bendice á todas horas; que está arrepentido, y quiere que su madre esté allá abajo siempre contenta de su hijo. Esto le dirás, querida mía, en nombre de su José, y en seguida ¡oh dulce niña! le darás por mí este beso. (*La besa.*)

*Micaela.* Te lo prometo; en nombre de su hijo le daré, José, este beso.

*A dúo*

*José.* Yo veo á mi madre todavía, &<sup>a</sup>

*Micaela.* El ve á su madre todavía, &<sup>a</sup>

*José.* Quédate aquí, tesoro mío; yo leeré entretanto la carta de mi madre. (*Besa la carta.*)

*Micaela.* No, no; puedes leerla á solas; volveré después.

*José.* Porqué quieres partir?

*Micaela.* Por prudencia, porque así lo exige el decoro. Me voy, pero volveré.

*José.* Volverás?

*Micaela.* Volveré.

ESCENA OCTAVA

JOSE, y luego las CIGARRERAS y el OFICIAL

*José.* Nada temas por tu José ¡oh buena madre mía! El te obedecerá en todo lo que desees. Micaela es bella, y será mi esposa. En cuanto á las flores de esa bruja gitana. . . .

[En el momento en que va á arrancar de su casaca las flores, se oye gran rumor en la fábrica.—El oficial viene á la escena seguido de soldados.]

*El oficial.* Por qué tal rumor! por qué?

(*Las cigarreras salen rápidamente y en desorden.*)

*Las cigarreras.* Socorro! Por aquí, soldados! Socorro! . . . . Ah! no vendrá nadie?

*Primer grupo de mujeres.* Ha sido Carmen....

*Segundo grupo.* No, no fue ella.

*Primer grupo.* Ella fue.

*Segundo grupo.* No, no es cierto.

*Primer grupo.* Que sí!

*Segundo grupo.* Que nó!

*Primer grupo.* Ella provocó la riña.

*Todas.* No, no, es mentira! Oídnos, señores,  
oídnos!

*Primer grupo*

Manuelita nos decía

Hace poco, sin cesar,

Que un asno comprar quería,

Que un asno quería comprar.

*Segundo grupo*

Y entonces la Carmencita,

Que es burlona hasta no más,

Dijo: no se necesita,

Con una escoba tendrás.

*Primer grupo*

Manuelita exclamó: creo

(Y era una furia el hablar),

Que para cierto paseo

Puedes mi asno aprovechar;

*Segundo grupo*

Y entonces sí que altanera

Debes mostrarte ¡pardiez!

Sirviéndote á su manera

Dos lacayos á la vez.

*Todas*

Y al punto, sin más decir,

Se pusieron á reñir.

*El oficial.* Idos todas al Diablo desde ahora!

(á José) Tóma, José, dos dragones contigo, y vé á averiguar qué son esas tonterías.

[Don José toma consigo dos dragones y entra con ellos á la fábrica.—Mientras esto ocurre, las cigarreras disputan entre sí.]

*Primer grupo.* Fue Carmen!

*Segundo grupo.* No, no fue ella, señor.

*El oficial.* Hola, hola! Hágase despejar pronto este sitio. (*Las cigarreras son rechazadas por los soldados.*)

### ESCENA NOVENA

[Carmen aparece en la puerta de la fábrica, conducida por don José y seguida de dos dragones.]

*José.* Mi capitán, lo que hubo fue una pendencia: se injuriaron primero, y luégo se fueron á las manos; hay una mujer herida.

*El oficial.* Y por quién ha sido herida?

*José.* Pues... por ella.

*El oficial (á Carmen.)* Has oído? Ya no puedes negarlo.

*Carmen (tarareando.)* Tra la la, tra la la.

Despedázame! quémame! Nada quiero responderte! Yo sabré afrontar, créelo, todos los suplicios!

*El oficial.* Tu canto nos tiene ya fastidiados. ¿Quieres responder, ó no? Vamos, contesta.

*Carmen.* Yo guardo mi secreto y nada te diré. Aquel á quien adoro está oculto en mi corazón, y no lo descubro.

*El oficial.* Si te empeñas en no dar razón alguna, continuarás tu canto en la prisión.

*Las mujeres [corriendo.]* A prisión! A prisión!

*El oficial.* Por Baco! qué lista tiene la mano!

(Dice á un soldado algunas palabras en voz baja, y aquél va en busca de una cuerda. Carmen sigue canturreando su canción del modo más impertinente.)

*El oficial.* Demonio! demonio! muy peligrosa me parece la Carmencita. Rostro gentil, mala cabeza! Ahora, atadle pronto las manos.

(Los soldados le atan las manos por detrás de la espalda. Todos salen, excepto José y Carmen.)

ESCENA DÉCIMA

*Carmen y don José.*

(Silencio. Carmen alza los ojos y mira á José. Este se aleja, y luégo vuelve. Carmen insiste en mirarle.)

*Carmen.* Y á dónde debo ir?

*José.* A la prisión: me es forzoso obedecer.

*Carmen.* De veras, no puedes darme libertad?

*José.* Ah! no: es más fuerte el deber.

*Carmen.* Pues yo te digo que á despecho del deber harás cuanto yo quiera; el por qué será así, tú lo sabes muy bien: porque me amas.

*José.* Que te amo yo!

*Carmen.* Sí, José mío. Las flores que há poco quise darte, son flores encantadas. Puedes desecharlas, pero es en vano: su hechizo ha obrado ya.

*José.* Ni una palabra más, ¿me oyes? Debes obedecer.... Ni una palabra más. (*Carmen mira á José, que retrocede.*)

*Carmen.* Cerca al baluarte de Sevilla tiene su hostería Lillas Pastía; allá iré á bailar unas seguidillas y á beber un vaso de vino. Sí; pero estar una sola es necedad; donde no hay dos no hay amor. Por eso, para hacerme compañía estará allá conmigo un gallardo mozo, lo que se llama un gallardo mozo. Vaya al infierno! si apenas hace tres días que lo eché á pasear! Cier- to, mas este corazón ama sin tregua, y quiere elegir al mismo que lo ha herido. Yo tengo amantes á millares; pero ninguno de ellos me ha cautivado. Libre soy...., no amo todavía....

A quien me ame bien, le amaré. ¿Hay quién quiera un corazón? Puede comprarlo; ¿por qué tarda? Ya sonó la hora, y no tengo tiempo para esperar. Me iré con el nuevo amante.

Cerca al baluarte de Sevilla tiene su hostería Lillas Pastía; allá iré á bailar unas seguidillas y á beber un vaso de vino.

*José.* No quieres callar? Tendré que ordenártelo otra vez?

*Carmen.* Crees que hablo contigo? No, si canto para mí únicamente. Tal vez pienso.... pero ¿quién puede impedirme que piense?.... tal vez pienso en cierto gallardo oficial á quien, si quiero, puedo hacer feliz.

*José.* Carmen!

*Carmen.* Ese oficial no es capitán aún, ni siquiera teniente: no es más que sargento; pero para una prisionera es bastante acaso, y yo me puedo conformar con él.

*José (desatándole las manos á Carmen.)* Carmen, estoy hechizado; mas si cedo ahora y alcanzo tu amor, ¡ah! no olvides tus promesas. Carmen ¿si te amo, seré correspondido?

*Carmen [cantando apenas ó, mejor dicho, murmurando.]* Cerca al baluarte de Sevilla tiene su hostería Lillas Pastía: allí iré á bailar unas seguidillas y á beber un vaso de vino.

(Carmen va á sentarse de nuevo en un banco, con las manos detrás de la espalda. Entra el oficial.)

*El oficial.* Aquí está la orden, tómala; apresúrate, que se hace tarde.

*Carmen (á José en voz baja.)* Al llegar allí, te empujaré tan recio como pueda: déjate caer, y el resto corre de cuenta mía.

(Carmen se coloca entre los dos dragones, y José al lado de ella. Las mujeres y los pisaverdes han vuelto á la escena, pero se mantienen á buena distancia de los solda-

dos. Carmen atraviesa el proscenio de izquierda á derecha, en dirección al puente.)

*Carmen.* Amor — sépalo mi gentil amante — no ha sufrido leyes jamás; si tú no me amas, yo te amo, y si te amo debes temblar por ti.

(A la entrada del puente, Carmen empuja á José, que se deja caer por tierra. Confusión, desorden; Carmen huye. Cuando está en mitad del puente, arroja la cuerda por encima del parapeto, y luego desaparece, entre tanto que en la escena las cigarreras rodean al oficial y ríen á carcajadas.)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La hostería de Lillas Pastía. — Bancos á derecha é izquierda. — Supónese que termina una comida; la mesa está en desorden.

ESCENA PRIMERA

CARMEN, FRASQUITA, MERCEDES, EL OFICIAL, MORALES, OFICIALES, GITANOS, &<sup>a</sup>

{Frasquita, Mercedes, el Oficial y Morales están con Carmen. — Los oficiales fuman; dos gitanos tocan guitarra en un ángulo de la sala, y dos gitanas bailan. — Carmen los mira. — El Oficial le habla, pero ella no le presta atención; de repente deja su puesto y canta.}

*Carmen.*

I

Apenas se oye el són de los sistros, que cadenciosamente llena los aires de metálica armonía, se ponen las gitanas en pie. Con alegres toques acompaña á las guitarras el festivo tamboril, y con su obstinado compás nos hace oír la canción y el retornelo. Tra la la.

(Con la música de este retornelo danzan las gitanas.  
Mercedes y Frasquita bailan con Carmen *el tra la la.*)

II

Los collares de perlas, los anillos de plata centellean sobre la tostada piel de las gitanas, y las vistosas bandas flotan al viento. Unese entonces la danza al canto, lenta al principio, veloz después, y al par de ella sube, sube y sube más la voz!

III

Los gitanos hacen vibrar cada vez más aprisa las cuerdas de sus guitarras; con la rapidez del compás crece la presteza de la danza, y al sonido de la canción, locas, ardientes, delirantes, las enamoradas gitanas pierden el juicio!

*Tra la la la.*

(Baile rapidísimo y violento. Carmen misma se pone á bailar, y á las últimas notas va á caer, no pudiendo ya más, sobre una de las sillas de la hostería.)

*Frasquita.* Pues, señores, Pastiá dice. . . .

*El Oficial.* Qué dice? qué más quiere de nosotros el señor posadero?

*Frasquita.* Dice que el Corregidor manda cerrar la hostería.

*El Oficial.* Está bien, nos iremos; pero vosotras nos acompañaréis.

*Frasquita.* No, no, nosotras nos quedamos.

*El Oficial.* Y tú, Carmen, no vienes tampoco? Oye, estás descontenta, dílo sin ambages.

*Carmen.* No, no, en verdad. ¿Por qué había de estar descontenta?

*El Oficial.* Aquel soldado que el otro día fue puesto en prisión por haberte. . . .

*Carmen.* En prisión? Y no ha salido aún?

*El Oficial.* Hoy sale, por dicha suya!

*Carmen, Frasquita y Mercedes.* Pues tanto mejor. Adiós, queridos señores!

[Oyese fuera un canto que interrumpe la escena.]

C O R O

Viva Escamillo!  
¡Gloria y honor,  
Honor y gloria  
Al Toreador!

*El Oficial.* Es una procesión con antorchas para festejar al vencedor del Circo de Granada.

¿Queréis beber conmigo, camarada, por los triunfos pasados y por los que han de venir?

*Repetición del coro.*

Viva Escamillo!  
¡Gloria y honor,  
Honor y gloria  
Al Toreador!

ESCENA SEGUNDA

*ESCAMILLO y dichos.*

*Escamillo.* Me será grato beber en vuestra compañía. Militares y toreros deben juntarse, pues que unos y otros tienen por placeres los combates.

La plaza está llena en los días de fiesta, llena de arriba á abajo. Los espectadores se enloquecen, hablan entre sí, se tutean, claman, preguntan, gritan á una y acaban por sentir verdadero furor, porque esa es fiesta de valientes.

Vamos, en guardia, vamos!

Está atento, toreador!

No olvides que una mirada

Toda ardor

Te contempla arrebatada  
Y que te espera el amor!

C O R O

Está atento, torador! etc.

(Entre una y otra estrofa llena Carmen el vaso de Escamillo.)

*Escamillo.* Pero hé aquí que de súbito queda todo en silencio. . . Qué ha pasado? qué fue? Corre el toro, y enfurecido salta fuera del toril; parte velozmente y al punto cae un caballo, tras el cual rueda un picador; la multitud grita como aullando: "bravo, toro!" y la fiera va y viene, corre otra vez y esfuérase por sacudir las banderillas; ya el ancho circo está lleno de sangre, y todo el mundo siente el terror en el alma. Ahora, torero, á llenarte de gloria!

Está atento, torador!  
No olvides que una mirada  
Toda ardor  
Te contempla arrebatada  
Y que te espera el amor!

(Todos beben y cambian con el torero apretones de mano. Los oficiales empiezan á aprestarse para salir. Escamillo se encuestra cerca de Carmen.)

*Escamillo (á Carmen.)* Chica, dime cómo te llamas: quisiera invocar tu nombre en las horas de peligro.

*Carmen.* Carmen ó Carmencita me llama todo el mundo.

*Escamillo.* Y si alguien. . . si alguien te dijese que te ama?

*Carmen.* Le respondería que no debía amarme.

*Escamillo.* La respuesta no me parece muy agradable, Carmencita; pero me contentaré con esperar. . . con aguardar.

*Carmen.* No está prohibido el aguardar, y la esperanza es muy dulce.

*El Oficial (á Carmen.)* Pues que no quieres venir conmigo, Carmen, yo volveré.

*Carmen.* Quizá volváis en balde.

*El Oficial.* Tal vez, pero quiero probar.

*Repítese el aria.*

Está atento, toreador! etc.

[Salen todos, menos las mujeres.]

### ESCENA TERCERA

LILLAS PASTIÁ cierra puertas y postigos, y sale. El DANCAIRE, el REMENDADO, CARMEN, FRASQUITA y MERCEDES.

*Frasquita.* Y bien, dínos, tenemos noticias?

*El Dancaire.* No muy malas que digamos. Acaso nos sea posible intentar todavía algún buen golpe; pero es preciso que vosotras nos acompañéis.

*Las tres mujeres.* Que os acompañemos?

*El Dancaire.* Sí, que nos acompañéis; tenemos en perspectiva un lindo negocio.

*Mercedes.* Es ventajoso? dínos eso siquiera.

*El Dancaire.* Ah! sí, me parece excelente; pero vosotras debéis acompañarnos.

*Las tres mujeres.* De veras?

*El Dancaire.* Como lo oís. Hablando sin rodeos y con el respeto y la humildad debidos, os digo que cuando se quiere engañar, robar ó cosa así, es preciso contar con mujeres para salir con algo; prescindir de su concurso es imprudencia; sin ellas no se puede hacer nada.

*Las tres mujeres.* Siu nosotras no se puede hacer nada? Malo está eso.

*Los dos hombres.* No sois de nuestra opinión?

*Las tres mujeres.* Sí, sí; ese es, verdaderamente, nuestro parecer.

*Los cinco.* Cuando se quiere engañar, robar ó cosa así, es preciso contar con mujeres para salir con algo; prescindir de su concurso es imprudencia; sin ellas no se puede hacer nada; y si algo se intenta, sale mal.

*El Dancaire.* Está bien, está bien; ahora, á poner en planta nuestro proyecto.

*Mercedes y Frasquita.* Cuando os plazca.

*El Remendado.* Pues, al instante.

*Carmen.* Ah! eso no. Si os conviene marchar, ídos; pero yo no seré de la partida: me quedo.

*El Dancaire.* Carmen, Carmen, debes acompañarnos. ¿Cómo has de ser capaz de vernos partir sin venirme con nosotros?

*Carmen.* Me quedo, no partiré.

*El Remendado.* Pero dínos siquiera por qué, Carmen, por qué.....

*Carmen.* Os lo diré, yo soy sincera. El motivo está en mi corazón.....

*Los otros.* Cómo así?

*Carmen.* Estoy enamorada.

*Frasquita.* Qué dice? que está enamorada?

*Los dos hombres.* Enamorada!

*Las mujeres.* Enamorada!

*Carmen.* Enamorada!

*Los hombres.* Vamos, Carmen, la cosa es seria.

*Carmen.* Estoy enamorada hasta perder el seso.

*Los dos hombres.* Pues ciertamente es portentoso el caso; pero nadie ignora que tú sabes, linda enamorada, hacer que anden de concierto el amor y el deber.

*Carmen.* Con mucho gusto, señores míos, partiera en vuestra compañía; pero no me es per-

mitido seguiros. En esta vez será preciso que el deber le ceda el paso al amor.

*El Dancaire.* Con que no quieres venir con nosotros?

*Carmen.* Ya lo he dicho.

*El Remendado.* Mira, deberías dejarte enter-  
necer.

*Todos.* Debes venir, Carmen, debes venir. Para nuestro negocio has de estar con nosotros, bien sabes tú por qué.

*Las dos mujeres.* Bien sabes tú por qué.

*Carmen.* Es cierto, es cierto; bien conozco el porqué.

*Todos.* Cuando se quiere engañar, robar ó cosa así, etc.

*El Dancaire.* Pero, Carmen, ¿á quién puedes tú esperar?

*Frasquita.* Es fácil saberlo: á un dragón.

*Carmen.* A un dragón que el otro día, por servirme, se dejó llevar á prisión.

*El Remendado.* Pues en verdad que anduvo fino.

*El Dancaire.* Y estás segura de que ha de venir?

*Carmen.* Escuchad, ahí está ya. (*Se oye á lo lejos la voz de don José.*)

*José (muy distante.)* Alto! quién va? Hacia dónde; oh valiente de Almanza? Fiel y constante, voy á donde me llama un ángel que me quiere! Ah! pues si así es la cosa, puedes pasar, porque asuntos de honor y asuntos de amores son todos unos para nosotros, dragón de Almanza.

(*Todos miran hacia afuera, al través de las puertas medio cerradas.*)

*Frasquita.* Qué gallardo dragón!

*Mercedes.* Sí, muy gallardo.

*El Dancaire.* Para contrabandista no tendría precio.

*El Remendado.* Dile que nos acompañe.

*Carmen.* No hay para qué: rehusará.

*El Dancaire.* Pero inténtalo, al menos.

*Carmen.* Idos; lo intentaré.

[El Remendado hace señas á los demás de que dejen sola á Carmen con don José. Salen todos.]

*José (acercándose, pero siempre adentro.)* Alto! Quién va? Dragón de Almanza. ¿Y hacia dónde; oh valiente de Almanza? Fiel y constante, voy á donde me llama un ángel que me quiere! Ah! pues si así es la cosa, puedes pasar, porque asuntos de honor y asuntos de amores son todos unos para nosotros, dragón de Almanza. (*Entra en escena.*)

ESCENA CUARTA

CARMEN Y JOSÉ

*Carmen.* Al fin vienes!

*José.* Carmen!

*Carmen.* Sales de la prisión?

*José.* Dos meses hacía que estaba allí.

*Carmen.* Pobrecito!

*José.* Eso no! Siendo por ti, bien quisiera hallarme preso todavía.

*Carmen.* Tú me amas, pues?

*José.* Este corazón te adora.

*Carmen.* Unos oficiales que vinieron hace poco, me han hecho bailar.

*José (encolerizado.)* Es eso cierto?

*Carmen.* Máteme Dios si no estás celoso.

*José.* Ah! sí, estoy celoso.

*Carmen.* Poco á poco, poco á poco. Oyeme primero. Quiero bailar para agradarte. Ya verás cómo sabe Carmen acompañar en la danza.

[Hace sentar á José en un ángulo de la sala, y ella se pone á bailar acompañándose con castañetas. José la devora con los ojos. Oyese á lo lejos la retreta; José se levanta prontamente, y yendo hacia Carmen la dice:]

*José.* Aguarda un poco, Carmen; detente un instante.

*Carmen.* Que me detenga? Por qué?

*José.* Me ha parecido oír un clarín que tocase allá abajo retreta; dí, no lo has oído tú también?

*Carmen.* Conque tocan? Pues me alegro. Ya me fastidiaba mucho el bailar sin música. Bendita sea ésa, que parece venirme del Cielo!

[Se pone á bailar nuevamente. La retreta se acerca, pasa bajo las ventanas, y luégo se aleja.—José coge fuertemente á Carmen por el brazo y la obliga á detenerse.]

*José.* ¿No oíste, Carmen, la retreta? Me está ordenando que vaya al cuartel á responder á lista.

*Carmen.* Al cuartel á responder á lista! Pero, de veras, yo soy muy insensata! Diz que romperme la cabeza tontamente y saltar aquí y allá, por divertir á este hombre con el baile! Paréceme—¡Dios me lo perdone!—que ya me estaba enamorando. . . . Clarín, tú tocas muy bien la retreta! El quiere partir ya! Párte, véte, véte solo! (*Con rabia y tirándole el chacó, el sable etc.*)

Toma el chacó, el sable, la cartuchera, y véte, hijo mío; vuélve á la caserna.

*José.* Conque no crees en mi amor?

*Carmen.* No, no.

*José.* Pero, óyeme. . . .

*Carmen.* Nada quiero oír. . . . Véte, no vayas á hacerte castigar.

*José.* Has de oírme, Carmen, has de oírme: yo lo quiero.

[Con la izquierda coge á Carmen por el brazo, y con la derecha toma el uniforme para buscar en la casaca las flores de acacia que aquélla le dio en el acto anterior.]

I

En la prisión tuve siempre conmigo las flores que me diste. Aunque marchitas, conservaban su aroma, y noche y día—te lo juro, Carmen—me embriagaba yo con ese olor querido. Sin descanso te llamaba en la ausencia, á cada instante maldecía el amor y muchas veces exclamé en medio de mi pena: ¿Por qué quiso la suerte que yo la hallase en mi camino?

II

Ay! esos gritos me causaban horror como si fuesen blasfemias, y no había en mi alma otros sentimientos que el anhelo y la esperanza de volver á verte! Sí, porque te bastó mostrarte una sola vez á mí, lanzarme una mirada nada más, para conquistar mi corazón. Carmen, me has hecho tu esclavo!

*Carmen.* No, no, tú no me amas; si me amases, estuviéramos juntos allá, allá arriba....

*José.* Carmen!....

*Carmen.* Allá, allá arriba, á la montaña, me llevarías sobre tu caballo, y atravesando la inmensa campiña vagaríamos lejos de aquí.

*José.* Carmen!

*Carmen.* Si me amases algo siquiera, iríamos juntos allá, allá arriba, á donde no hay tenientes importunos, ni capitanes á quienes sea fuerza obedecer; á donde no suenan trompetas que obliguen á los amantes á partir!

*José.* Carmen!

*Carmen.*

Qué vida! andar errantes bajo todos los cielos;  
Tener por patria el mundo, por rey la voluntad,  
Y gozar, sobre todo, lo que no tiene precio:

Libertad, libertad!

*José.* Carmen!

*Carmen.* No es verdad lo que te digo? Si me amases, andaríamos por allá, por allá arriba, juntos, siempre juntos!

(Va apresuradamente hacia la puerta, á la cual llaman al punto que ella llega.)

#### ESCENA QUINTA

*Los precedentes y el Oficial.*

*El Oficial* [desde adentro.] Hola! Carmen!  
Hola!

*José.* Quién golpea? quién va?

*El Oficial* [forzando la puerta.] Yo, que abro y entro. (Entra y al ver á José, dice:)

Oh! querida mía, la elección no os honra que digamos: es descender mucho el tomar á un soldado pudiendo hacerse á un oficial. (A José) Quieres irte?

*José.* No.

*El Oficial.* Pues te digo que saldrás.

*José.* No, no me iré.

*El Oficial* (á tiempo que le pega.) Vamos!

*José* (desenvaina el sable.) Voto al infierno! aquí correrá sangre.

*Carmen* (interponiéndose.) Esto acabará mal. (Llama.) Hola! hola!

[El Dancaire, el Remendado y los gitanos llegan por diversos puntos. Carmen les señala el Oficial. Los dos primeros se arrojan sobre él.]

*Carmen.* Señor oficial, el amor os ha jugado una mala pasada, que no podéis evitar. Vinisteis á mal tiempo, y nosotros, que no queremos ser denunciados, pasaremos por la pena de reteneros aquí, á lo menos por una hora.

*El Dancaire y el Remendado.* Dentro de poco debemos dejar esta casa; vos nos acompañaréis.

*Carmen.* Se trata de un paseo. Aceptáis?

*El Dancaire y el Remendado (sacando sus pistolas.)* Vamos, camarada, aceptáis ó nó?

*El Oficial.* No cabe duda; os sigo, con razón tanto mayor cuanto que sería vano resistir, y es conveniente ceder; mas yo sabré castigaros.

*El Dancaire [con filosofía.]* Ah! sí, á todo el mundo le llega su hora; mas por el momento os toca á vos. Conque así, poneos en marcha sin haceros de rogar.

*Carmen [á José.]* Y tú, quieres venir con nosotros?

*José.* Cómo decir que nó?

*Carmen.* Muy otro es tu deseo! Mas, qué importa! Ya te mostrarás contento al conocer cuán hermosa es la vida vagabunda:

Qué vida! Andar errantes bajo todos los cielos,  
Tener por patria el mundo, por rey la voluntad;  
Y gozar, sobre todo, lo que no tiene precio:

Libertad, libertad!

*Todos.*

Qué vida! Andar errantes bajo todos los cielos;  
Tener por patria el mundo, por rey la voluntad,  
Y gozar, sobre todo, lo que no tiene precio:

Libertad, libertad!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

Rocas, sitio pintoresco y agreste.—Soledad completa y noche oscura.—Preludio musical.—Pasados algunos momentos, aparece en lo alto de una roca un contrabandista, luego otro, dos en seguida, después veinte, todos los cuales descienden por los peñascos ó los escalan según el caso. Algunos de ellos llevan á la espalda grandes fardos.

### ESCENA PRIMERA

CARMEN, JOSE, el DANCAIRE, el REMENDADO, FRASQUITA, MERCEDES y contrabandistas.

#### *Coro de contrabandistas.*

Camarada, escucha, escucha:  
La fortuna abajo está;  
Mas avanza con prudencia,  
Que si chocas rodarás.

*El Dancaire, el Remendado, José, Carmen, Mercedes y Frasquita.*

Bueno es nuestro oficio, mas para seguirlo es necesario tener alma fuerte ante los peligros, vengan de arriba, vengan de abajo, vengan de donde vinieren. Nosotros vamos hacia adelante sin cuidarnos de torrentes y precipicios, ni del soplo de los aquilones, ni de rayos y temporales, y sin temor al aduanero que vive espíándonos para salirnos al paso.

Camarada, escucha, escucha,  
La fortuna abajo está;  
Mas avanza con prudencia,  
Que si chocas rodarás.

*El Dancaire.* Reposemos un rato aquí, que la noche está oscura; luego iremos á explorar la

via para ver si está tranquila y si el contrabando puede pasar sin temor alguno.

ESCENA SEGUNDA

LOS PRECEDENTES, menos el DANCAIRE y el REMENDADO

[Mientras pasa la escena entre Carmen y José, algunos gitanos encienden una hoguera; Mercedes y Frasquita se sientan junto al fuego; los demás se envuelven en sus mantas, se acurrucan y se duermen. José va hacia el fondo, á espiar desde lo alto de las rocas.]

*Carmen (á José.)* Qué estás mirando de allá? En qué piensas?

*José.* Estaba pensando para mí, que hay en el mundo una buena anciana que me cree hombre honrado.... Ay! cuánto se engaña la infeliz!

*Carmen.* Quién será ésa?

*José.* Ah! Carmen, no hables así de ella.... Esa es mi madre!....

*Carmen.* Pues bien, te conviene partir, y al instante. Este oficio no es, en verdad, para ti, y el huir de estos sitios debe serte muy agradable.

*José.* Andar lejos de ti!

*Carmen.* Precisamente.

*José.* Y dejarte? Te juro, Carmen, que si lo dices una vez más.... (*Lleva la mano al cuchillo.*)

*Carmen.* Me matarás?

(José calla.)

Ese silencio me revela tu pensamiento. Qué me importa! moriré si así lo quiere mi suerte.

(Vuelve la espalda á José y va á sentarse junto á Frasquita y Mercedes. Después de un momento de indecisión, José se aleja á su turno y va á colocarse sobre las rocas. Mientras Carmen decía las últimas palabras, han debido sacar Mercedes y Frasquita naipes para echar las cartas.)

*Frasquita.* Barajemos!

*Mercedes.* Partamos!

*Frasquita.* Así está bien.

*Mercedes.* Tres cartas aquí.

*Frasquita.* Cuatro allá.

*A dúo.*

Hablad, pues, hablad ¡oh hermosas! Dadnos noticias del porvenir. . . . ¿Quién nos hará traición? ¿Quién nos amará?

*Frasquita.* Yo veo un lindo maucebo que jura no amar sino á mí.

*Mercedes.* El mío es viejo y avaro, pero rico, y quiere hacerme su esposa.

*Frasquita.* Yo salto sobre negro corcel y voy á la verde colina.

*Mercedes.* Yo veo un soberbio palacio donde puedo ser reina. . . . .

*Frasquita.* Me ofrece amor, amor que le llena el alma; cada día son más felices las horas. . . .

*Mercedes.* Me colma de oro, me carga de perlas y diamantes. . . . .

*Frasquita.* El mío viene á ser famoso militar, y de una tropa de valientes va seguido.

*Mercedes.* El mío. . . . no, no! si apenas puedo creerlo: se muere, y yo heredo!

*A dúo.*

Seguid hablando, seguid ¡oh hermosas! Dadnos noticias del porvenir. . . . Quien nos hará traición? ¿Quién nos amará?

(Empiezan á consultar nuevamente las cartas.)

*Frasquita.* Fortuna!

*Mercedes.* Amor!

[Carmen ha debido seguir desde el principio el juego de sus compañeras.]

*Carmen.* Vamos, quiero saber mi suerte ! (*Baraja las cartas.*)

Rojo! negro! La muerte! Nada de engaños . . . .  
Primero á mí, y después á él, y luégo á ambos:  
la muerte!

[En voz baja y sin dejar de barajar.]

En vano, para evitar tan cruel respuesta, me empeño en barajar nuevamente; en vano, porque las cartas son sinceras y no saben mentir. Si en el libro de lo alto tienes página feliz, bien puedes barajar y partir como quieras: la carta volverá discretamente á tu mano y te anunciará otra vez felicidad; mas si has de morir, si la horrenda palabra está escrita allá en el cielo, la carta, á cuyo querer es fuerza que te sometas, repetirá: "La muerte!" (*Reponiéndose*)

Pues bien! sea; venga la muerte, Carmen la desafiará, Carmen es más fuerte que ella.

*Las tres.* Seguid hablando, seguid; oh hermosas! Dadnos noticias del porvenir. ¿Quién nos hará traición? quién nos amará?

### ESCENA TERCERA

Las PRECEDENTES, el DANCAIRE y el REMENDADO.

*Carmen.* Y bien?

*El Dancaire.* Pues sí, intentaremos pasar, y pasaremos. Tú, José, permanecerás arriba, y desde allá cuidarás de las mercancías que dejamos aquí.

*Frasquita.* Está libre la vía?

*El Remendado.* Sí, pero aún quedan riesgos qué correr. Sobre la brecha por donde tenemos que pasar, hay tres aduaneros. Deben morir, y yo sé bien cómo se hace eso.

*Carmen.* Echaos á cuestras los fardos, y presto en marcha. No hay más que decir: pasaremos.

En cuanto al aduanero, desecuidad, que ese corre de cuenta nuestra. Como otro cualquiera, querrá hacerse agradable; le gusta cortejar á las mujeres, y nos allanará el camino.

*Mercedes.* Aduanero, serás galante!

*Frasquita.* Muéstrate manso, aduanero!

*Carmen.* Ya veréis cómo es elemento.

*Las tres.* El aduanero corre de cuenta nuestra. Como otro cualquiera, querrá hacerse agradable; le gusta cortejar á las mujeres, y nos allanará el camino.

*Los hombres.* El aduanero corre de cuenta suya, etc.

*Frasquita.* No se necesita hoy proeza alguna; para con el aduanero no es preciso sino prodigar caricias y hacer oír palabras de amor.

*Las mujeres.* El aduanero corre de cuenta nuestra, etc.

*Mercedes.* Si llegaren hasta pretender un beso, ¿cómo negárselo? se les dará. Desde ahora aseguro que nos dejarán libre el paso.

*Las tres mujeres.* El aduanero corre de cuenta nuestra, etc.

[Vanse todos; José sale el último y va examinando la cazoleta de su fusil. Vase pesar por lo alto de las rocas un guía.]

ESCENA CUARTA

EL GUIA Y MICHAELA

(El guía le indica por señas á Michaela que no se deje ver aún, y sale.)

*Michaela.* Aquí es el oculto asilo de los contrabandistas, aquí está José; voy á verlo, y sin miedo sabré cumplir el deber que su madre me ha impuesto.

I

veo que no tengo temor alguno, que mi

alma es valerosa; pero ¡ay! por más que quiero mostrarme serena, tengo el corazón lleno de miedo. Sí, al verme sola en este sitio salvaje, siento miedo. Ah! Señor, protégeme, dále ánimo y fuerza á este pobre corazón!

II

Voy á ver de cerca á la malvada cuyos infernales artificios han hecho un infame del hombre á quien he amado y á quien amaré siempre. Sé que hace temblar, sé que es hermosa, sé que es altanera su voz; mas no quiero tener miedo en su presencia. Ah! Señor, en ti confío; protégeme, dále ánimo y fuerza á este pobre corazón!

Mas no me engaño, no! sobre aquella roca está él. . . . Ah! ven, ven, José; ya me faltan las fuerzas. Pero qué hace? hacia dónde mira? Arma su carabina! . . . Apunta! . . . Ah! disparó. . . .  
(*Suena un tiro.*)

Oh cielos! cuán confiado fue mi corazón!

[Desaparece tras de las rocas. En este momento sale Escamillo.]

ESCENA QUINTA

ESCAMILLO y luego JOSÉ

*Escamillo (mirando su sombrero.)* Dos dedos más abajo, y no estaría yo vivo á estas horas.

*José.* Quién eres? Habla.

*Escamillo.* Eh! poco á poco, chico! Soy Escamillo, torero de Granada.

*José.* Escamillo. . . . ?

*Escamillo.* El mismo.

*José.* No me es desconocido ese nombre. Te doy la bienvenida; pero á decir verdad, camarada, has estado á punto de avecindarte aquí.

*Escamillo.* No te digo que no; pero, chico, mi corazón está herido de amor, y enamorado

no arriesga la vida por buscar á la que adora, no merece haber nacido.

*José.* Anda, pues, por aquí tu querida?

*Escamillo.* Sí, por cierto; es una gitana muy gentil...

*José.* Cómo se llama?

*Escamillo.* Carmen.

*José.* Carmen!

*Escamillo.* La que tenía por amante á cierto dragón que desertó de su regimiento. El la ama, y ella le amó también; mas la gitana se ha cansado de querer al dragón. Los amores de Carmen no duran largo tiempo.

*José.* Y á pesar de eso la amas?

*Escamillo.* Sí, con locura.

*José.* Bien; mas no olvides que aquí el que pretende quitarnos una gitana, tiene qué pagar.

*Escamillo.* Se pagará.

*José.* En asuntos de amor se paga á navajazos, ¿me entiendes?

*Escamillo.* Imposible que no. ¿El desertor, el apuesto dragoncito á quien ella ama, ó mejor dicho, á quien amaba, eres tú?

*José.* El mismo.

*Escamillo.* Pues me place saberlo, no lo escondo.

[Cada cual saca su navaja, se envuelve en la capa el brazo izquierdo, y se pone en guardia. Carmen llega con el Dancaire y sujeta á José por el brazo en el momento en que va á herir á Escamillo. Entran Mercedes, Frasquita y los contrabandistas.]

#### ESCENA SEXTA

DICHOS, y MICAELA á su tiempo.

*Carmen.* Hola! José.....

*Escamillo.* Muy bien! ¡Con cuánta alegría veo, Carmen, que es á ti quien debo la vida! En

cuanto á ti, lindo dragón, sabe que estoy siempre á tus órdenes; el día que quieras tentar otra vez fortuna, empezaremos de nuevo la partida.

*El Dancaire.* Bien está; pero eso se arreglará más tarde, porque vamos á partir en el momento. [*A Escamillo.*] Conque, chico, buenos días.

*Escamillo.* Adiós; mas séame permitido antes de separarnos, invitaros á todos para las corridas de Sevilla. Tengo esperanza de lucir en ellas, y quien me quiera irá. . . . No te irrites, dragón. Parto, pero quizá otro día nos encontraremos.

[José quiere lanzarse sobre el torero, mas el Dancaire y el Remendado lo contienen. Escamillo sale lentamente.]

*José (á Carmen.)* Ah! Carmen, mira lo que haces: ya estoy cansado de sufrir.

[Carmen se encoge de hombros y se aleja de José.]

*El Dancaire.* Vamos, es preciso partir!

*Todos.* Sí, sí, es preciso partir.

*El Remendado.* Alto! Allí hay alguien que hace por esconderse.

(Va á registrar las rocas, y saca de allí á Micaela.)

*Carmen.* Una mujer!

*El Dancaire.* Por Dios, que es bien grata esta sorpresa!

*José.* Micaela!

*Micaela.* Don José!

*José.* Tú aquí! ¿á qué vienes, desgraciada!

*Micaela.* Vengo á buscarte. Allá abajo, en su cabaña, reza sin descanso una pobre madre cuyo llanto me causa compasión. Lloro siempre y por tí; llora siempre y te espera! Torna á ella, apresúrate á volver! Ah! José, ven conmigo, ven!

*Carmen (á José.)* Vete pronto, vete pronto; no debes permanecer aquí; tú no puedes seguir esta vida,

*José (á Carmen.)* Conque me aconsejas que parta?

*Carmen.* Sí, debes partir.

*José.* Eso es: así podrás tú irte con otro amante, con ese torero. No, por mi honor! Óigalo todo el mundo: antes moriré. No, Carmen, no quiero partir; no verás roto el vínculo que nos ata.

*Micaela.* No te hagas sordo á quien te ruega; una madre te espera allá, y la cadena que aquí te sujeta te atraerá la muerte.

*Los demás.* Oye, José, mi consejo, no te quedes aquí; la cadena que te ata es de aquellas que sólo la muerte despedaza.

*José (á Micaela.)* Párte, pártete, que yo no puedo seguirte. (*A Carmen.*) Tú eres mía, mujer malvada, y yo sabré obligarte á soportar la suerte cruel que ha ligado tu vida á mi vida.

*Micaela.* Una palabra más, y será la última: tu madre agoniza ¡ay de mí! y no quiere morir sin darte con sus propios labios el perdón....

*José.* ¿Que se muere mi madre?

*Micaela.* Sí, don José.

*José.* Ah! entonces, partamos, partamos!

(*A Carmen.*) Me voy, alégrate; pero nos volveremos á ver.

[Se aleja con Micaela. Oyese á lo lejos la voz del torero.]

*Escamillo (dentro.)*

Está atento, toreador!

No olvides una mirada

que toda ardor

irrebatada

de el amor!

sobre una roca, se decí-

ela. Carmen se inclina

ca verlo alejarse. Los

gitanos alzan de nuevo los fardos y se ponen en camino.]

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Una plaza en Sevilla.—En el fondo, los muros de la antigua Arena.—La entrada del Circo está cerrada por un largo velo.

ESCENA PRIMERA

EL OFICIAL, FRASQUITA, MERCEDES, luego CARMEN y ESCAMILLO.

[Es día de corrida de toros.—En la plaza, que está animadísima, hay vendedores de agua, de naranjas, de abanicos &c.]

C O R O

Vendo abanicos ! Quién necesita ?  
Ricas naranjas tengo también !  
Quién me las compra ? Quién me las compra ?  
Al que las quiera se las dará !

[Mientras se canta este primer coro, entran los dos oficiales del acto segundo, quienes traen del brazo a Frasquita y Mercedes.—Oyese dentro ruido de voces y de charangas.—Llega la cuadrilla.]

Aquí viene la cuadrilla,  
La cuadrilla del torero,  
Maravilla

De Sevilla

Vamos pues, ¡ Lloré !

Mas a por el toro a él, ¡ Lloré !

Que pida, que corra, ¡ Lloré !

Si tal te pongo, ¡ Lloré !

No, ¡ aquí tú no puedes seguir !

[La cuadrilla]

